

# La Diócesis de Astorga en el Congreso de los cronistas

**Antonio Linage**

El Congreso que la Asociación Española de Cronistas Oficiales acaba de celebrar en Extremadura y Portugal ha sido su vigésimo-segundo. Próximas pues las bodas de plata del ente. Ya mucho ha llovido desde los días de su gestación, de las alas de José Valverde Madrid, el notario cordobés de la exquisita sensibilidad estética, que por algo vino al mundo entre las iglesias y los palacios barrocos de Priego, en la familia del presidente Alcalá-Zamora.

Anterior a esta Asociación fue un Cuerpo Nacional de Cronistas. De los miembros que ahora integramos aquélla, sólo hay uno que llegó a pertenecer a esa. Es el cronista de Astorga, Luis Alonso Luengo, el hombre de la radio, de la toga y, sobre todo, de su ciudad. Así se recordaba en el homenaje que este Congreso le ha rendido, coincidente con la recepción del nuevo cronista de Villafranca del Bierzo, Antonio Pereira. Y en este nombre va el elogio, ¿no?

Catorce años hace del otro congreso extremeño en nuestro haber, a decir verdad en el haber de su creador, el cronista de Cáceres, Antonio Rubio, archivero del municipio sí, pero también custodio de la ciudad y de la región. Y de veras que esto se paga. No sólo en los desvelos para acumular saberes, sino en el sentimiento de las herencias perdidas, los muros caídos, los destinos adulterados, las noblezas tramontadas. Y en esta otra reunión, también empezada en Cáceres y terminada en Zafra, pero pasada la raya de Portugal, al acercamos a ella, por la espléndida Valencia de Alcántara, quienes tuvimos el privilegio de compartir su autobús y ser ilustrados por él de cómo se vivió desde estas tierras fronterizas la separación de 'los dos países, nos confirmamos en la hondura de su sensibilidad y su sapiencia. Por cierto que, nos creíamos, los que a aquel congreso asistimos, que nada en el futuro podría hacer la competencia a la resurrección de un menú del siglo de oro con que se nos despidió en el monasterio de Guadalupe. Y es cierto. Sin embargo ahora... Pero sigamos.

Cáceres, Castelo de Vide, Zafra. Trío de ciudades y trío de cronistas de Extremadura. Esta asamblea ha sido obra de Francisco Rivero, el de Brozas, saberes

recónditos del Brocense en versiones del Latín al Griego, saberes de los pastores y las abuelas en el secreto supremo de las migas. Y allí Francisco Rivero, encarnándonos las humanidades eficaces.

En Zafra, el suyo, Francisco Croche de Acuña, nos envolvió el anchuroso y apacible lugar, creado para la hospitalidad que se diría, en esa su virtud de enseñar profundo y calar hondo sin que se note apenas. Pero capaz de llegar a las ascensiones musicales del coro que protagonizó el último acto, tan breve como intenso. De los negros espirituales a las exuberancias catedralicias romanas, Exultate... Estábamos en una sala noble del Parador (le recordábamos de aquel Congreso de las Ordenes Militares, itinerante de Madrid a Lisboa, el de Emilio Sáez, el editor de mi Fuero de Sepúlveda), pero nos parecía navegar por el interior de, la Colegiata, del retablo mayor del seiscientos al dieciochesco de la 'Virgen de Valvanera. Que yo moriré católico penitente, pero barroco impenitente también.

Y Castelo de Vide, el diamante escondido en la sierra de San Mamede. Recuerdo haber oído su nombre por primera vez en el que fue también mi primer viaje a Lisboa, en el Lusitania Exprés. Como hito dejado en la vía. Muy lejos yo entonces de sospechar ser uno de esos pocos lugares que tienen su canción y sólo se la dicen a quienes en ellos se quedan. ¡Y yo me he quedado! Porque es otro el Castelo de Vide que se bebe cuando se llega y toma huelgo al templete de la fuente, y otro todavía cuando se trepa al castillo entre las estrechas calles empedradas, cervantinas, barojianas y valleinclanescas a la vez. Aunque todo vuelve a ser uno, como en un misterio trinitario, eso, el secreto que decíamos. ¡Castelo de Vide, de la queda, de los sabios judíos dormidos, de la Virgen dolorosa de la Peña! Al darnos la bienvenida, el gran señor demócrata que es el alcalde, Joaquín Canario, nos recordaba, como ya lo hiciera Camoens, que Portugal está en Hispania. También lo hizo Aquilino Ribeiro, en esa novela tenazmente prohibida por la censura salazarista, *Cuando los lobos aúllan*.

Y nunca, de veras que nunca, sentí con tanta intensidad el alcance de la recomendación horaciana de mezclar lo útil con lo dulce, como al oír a Julia, -la directora de ese hotel que lleva el nombre del prodigioso botánico que encontró la sabiduría definitiva de la botánica, hermana de creación y de peregrinación también, en las partidas abisales de la India Portuguesa, García Dorta-, disertar sobre la gastronomía alentejana y la dulcería conventual, antes de la cena de clausura, el tránsito de la teoría a la práctica. ¡Aquel cocido, «puchero» de tanta sustancia como suavidad, por eso pintiparado para la hora nocturna!

Y en este congreso de la plenitud, es donde se ha rendido tributo a Luis Alonso Luengo, custodio de esta Astorga augusta, de las felices ciudades que tienen

Obispado y no tienen Gobierno Civil (ya creo haber aclarado en otras ocasiones que la frase es de don Miguel de Unamuno), inscrito ya en el registro el nombre de Antonio Pereira, el villafranquino, que tanto anda de diocesano de Astorga por las siete partidas del mundo.

Luis es un sabio, pero además de haber escrito novelas, es de esos sabios que aciertan a poner en los folios de la investigación la gota imaginativa sin la cual se quedan esterilizados. (También fue el rector de Salamanca quien lo echó de menos en una buena parte de la erudición española). Antonio, si bien también hombre de saberes y sobre todo de curiosidades -sin las cuales los saberes no vienen, sino que se van-, es uno de esos divinos sonámbulos, como a los novelistas llamaba Ortega.

Antonio ha escrito una deliciosa semblanza de Luis, en la cual cuenta la costumbre de éste, de llevar en la cartera varios sobrecitos con algún dinero, siempre dispuestos para invitar a los amigos o a quienes se tercié, potenciales amigos también. Y es el caso que a él mismo, a nuestro Pereira, le podríamos caracterizar por eso también. Por estar siempre a punto de regalarnos deleitosamente con algo. Por supuesto que con un refresco. Pero también puede ser una memoria, una esperanza, una respuesta, una pregunta de las que enriquecen, una sensación, una idea. Todo a compartir. Como en el versículo bíblico que podría ser el lema de nuestros congresos: ¡Oh, qué bueno y qué alegre vivir los hermanos juntos!

La próxima reunión será en Zamora dentro de un año, por cierto la primera en el Noroeste. Contamos para ella con la pareja fecunda. Y joven (Recordamos la sentencia virgiliana escogida por la Academia Sueca para lema de las medallas de los premios Nobel: *Juventus juvat vitam excoluisse per artes*). Llevando consigo todas las artes y las letras capaces de brotar, cual de un manantial de los que abreven a los ciervos, de los fastos pontificales astorganos y los bercianos romanticismos indelebles. ¡Aquella lectura en el refectorio del colegio claretiano arandino de «El Señor de Bembibre». También me quedé con ella y la guardo dentro y para siempre.